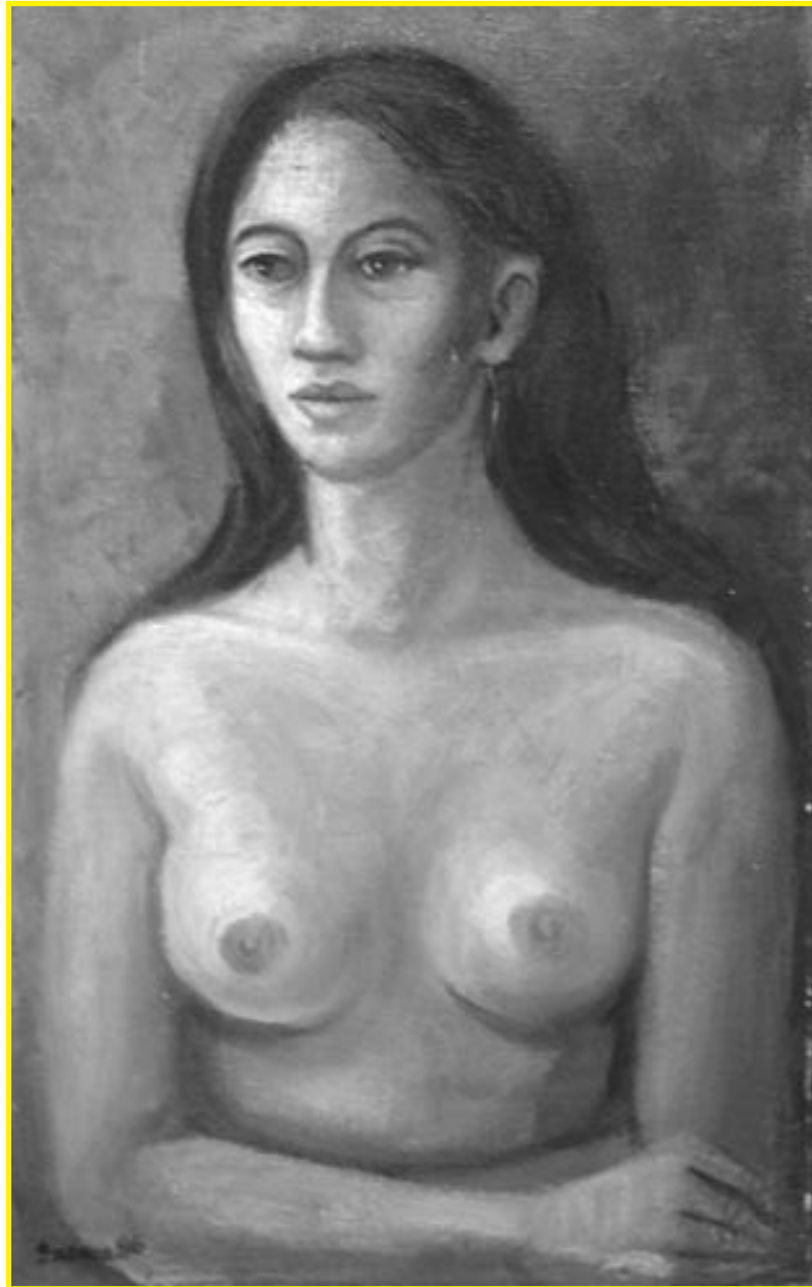


Turandot en tinta china

LUIS ARMENTA MALPICA



*¡Extranjero, no tentad la fortuna!
Los enigmas son tres, la muerte una.
¡No, no... los enigmas son tres, una es la vida!*

Turandot, ópera de Puccini

Nadie duerma en esta casa; se ha perdido el retrato de la princesa en tinta china.

Nadie duerma

; ella sigue esperando que el zaguán chille sus goznes hacia dentro y permita la entrada de la mujer del retrato, perdida en el jardín, debajo del tilo que custodia Pu-Tin-Pao, el verdugo de la lluvia, la luna y el frío distintivo de diciembre.

Nadie duerma en los jardines hasta dar con el retrato que ella no concluyó; se le agotó la tinta negra y la paciencia. La tinta perduró gracias al agua, el llanto o la saliva.

La paciencia no se pudo alargar con el agua de lluvia;
la paciencia cada vez más oscura y afilada en sus trazos; pareciera un mechón de cabellos de perro que incendiara el jardín con sus ladridos y olor a diez mil años;
la paciencia: un cartucho de tinta sin repuesto; la penúltima arruga de un retrato de mujer, diez mil años debajo de algún tilo.

* * *

La esperanza de encontrar a la princesa en buenas condiciones se disolvió con las primeras gotas de lluvia. Casi podría verla: una hoja de papel arroz que, si el viento que soplaba muy fuerte en el jardín o Pu-Tin-Pao jugueteando alrededor del tilo no hubiesen lastimado, empezaría a resbalar el rímel negro de los ojos rasgados de la mujer de noble porte; una mujer de esas que se sostienen firmes, abren ligeramente su bata azul y nácar y no sienten el frío de la hoz de la luna por su cuello, al haberse habituado al de su corazón con diez mil años de historia y se pondría a cantar; diez mil años de los que tocarían una mínima parte a la princesa, la certeza de que siempre sería menos dichosa que cualquier otra mujer de aquella casa y, sobre todo, de aquella dibujada sobre el restirador del extranjero; mueble de laca oscura: verde y roja; regalo de la abuela materna a la princesa china en un aniversario como hoy.

Con su pincel izquierdo terminó de detallar un mechón de cabellos plateados en la frente; mojó la crin con sus dedos nerviosos y trazó algunas lágrimas oscuras en ese rostro blanquísimo que ni el polvo de arroz disimulaba. La lluvia también le cayó dentro del quiosco, en los jardines; nada más que la lluvia dibujada nunca tendría el aroma y la textura del agua verdadera; no dejaba resquicio a los suspiros, ni permitía entonar un aria con esa voz que explota de una garganta con cáncer extendido, descubierto en una hojeada a la revista médica:

CÁNCER

Los nacidos entre el 22 de junio y el 23 de julio gozarán de excelente salud durante todo el año venidero. Hoy, por ser día último de un año capicúa, el sol aspectará de forma favorable los encuentros románticos, por encontrarse Venus en sextil con la luna, en conjunción con su planeta regente. Es probable la visita de una persona amada, a quien creyó perdida. No desespere, la declinación del sol inclinará la balanza económica en favor suyo, gracias a la oposición de Libra y sus propias influencias.

Cuide su ascendente porque anda muy bajo; armonice su biorritmo antes de mantener relaciones sexuales con un desconocido. Su color favorito es el violado.

Cáncer que en el cielo es una estrella de huesos insepultos y la voz del extranjero bajo el quiosco del palacio imperial chino, que suplica: *Nessun dorma... nessun dorma...*

* * *

La sangre: no puedes ver la sangre. Los insectos se acorralan en tu cuello pequeñísimo y oscuro. Tan oscuro que la sangre desdibuja otro rostro arrugado, por abajo del tuyo; una máscara china de diez años y diez mil dolores; máscara que encontraste en el jardín, cuando saliste a ver por qué ladran los perros; asómate, mi amor, a ver qué les ocurre; sabes que los ladridos me dan miedo, mamá: Ping escarba la tierra, con la rabia de un hocico babeante; Pang meneas las orejas al descubrir bajo el tilo jirones de un vestido azul y plata nacarada, parecido a un kimono; Pong que ladra a la luna el frío de sus ojos en fase decreciente. No seas fantasiosa, te dice tu mamá; que eso es el cielo: Ping y Pong juegan en el césped de tu casa; tu mamá los espanta con la escoba que sirvió para pintar la barda del jardín y el zaguán con sus bisagras que rechinan al viento; una pintura negra que hasta parece

sangre: casi tinta de China de diez años; diez mil por la pintura que dibuja una natilla espesa y que la noche escurre luego de hervir el año en esa hoguera de cincuenta y tantos leños arrancados al árbol genealógico de la familia Ling; cincuenta y tantas varas que no encienden la vida de tu madre en el pequeño quiosco, su consultorio médico, y esos perros que gustan a la abuela por el famoso cuento chino de oígo pasos, negrita: vienen del tilo, a medianoche; pasos como los goznes del zaguán que no se ha abierto en los diez años que tendrías de casada si mamita lo hubiera permitido... Diez años no casada con un forastero cuyo nombre olvidaste de tanto repetirlo por las noches; tanto que lo cantaste a escondidas, en el tronco del tilo, y hasta el árbol lo aprendió de memoria, y se quedó grabado en su corteza con la punta filosa de tu llanto, una navaja larga, igual como se graban las arrugas a tu edad y los dolores de tu hermana y su cáncer robado a las estrellas que tragaste por completo desde recién nacida, aunque se te atorara en la garganta la de cáncer y tu madre te sobara la panza con aceites y diera fruto el remedio; pero su casa quedó estéril cuando tuvo a tu hermana, un minuto después de que nacieras. Ni la perra de tu madre tuvo de nuevo crías, ni reverdeció el tilo. Tu madre ahogó



en el cloro a los perritos, excepto a Pu-Tin-Pao, porque le recordó a tu padre, quien se largó cuando supo que el niño que esperaba eran dos niñas.

La sangre: un posible recuerdo sobre tu máscara de china que no puede sonreír ni en diez mil años; le fue cosido un cuerpo apenas sostenido en un vestido azul y plata nacarada, con bordado de grillos combatiendo en el cuello y una abertura por si algún día volviera el forastero y respondiera a las preguntas que le hiciste.

* * *

Primero contestó: no pierdas la esperanza; pero esa la perdiste en el rencor de tu madre y sus radiografías contra la luna llena, donde aparece el signo...

La segunda pregunta no la puede contestar el forastero; el que hace las preguntas soy yo, mi querida señora...

Tu madre ya no sabe ni su nombre; decía que al recordarlo el cremor tártaro le llenaba la boca y oscurecía sus ojos una niebla que velaba la luna y las estrellas que prometió tu novio. Te pidió que dijeras «Amor», aunque tu madre no te enseñe esas palabras. No la culpes: la madre de tu madre tampoco la enseñó. Por eso cierran el zaguán de tu casa; que ningún forastero pueda verlas y hagan una celada, como dice tu madre hacen los perros; que ningún forastero venga de buenas a primeras y diga tres preguntas, señora, sobre el tilo y por qué ladra ese perro cuando hay luna y la abuela se pone muy nerviosa y le da por arrojar hojas de arroz en blanco al jardín de cerezos y existen muchas manchas de tinta roja en las paredes blanqueadas cada noche, por qué no se oyen ruidos en la casa y por qué en el jardín y a medianoche...

Turandot es el nombre de la princesa del retrato en papel arroz blanco; será escrito por mí, con tinta china, cuando los perros dejen de ladrarle a la luna si ha llegado un forastero que viene a responderle tres miedos a la muerte de mi hermana y se llama Calaf. Turandot no fue el nombre de mi hermana: se llamaba Lou-Ling y en este reino de los mil y mil años, un grito desgarrado resonó; ese grito, a través de cada estirpe, en mi alma se refugió. Princesita Lou-Ling: nunca fuiste anhelada por un hombre, a causa del color tan oscuro de tu cara. A la fuerza te pintaron de blanco. Te dejó el forastero, vestida totalmente de blanco, al pie del quiosco. Se llamaba Calaf. Y yo voy a vengarte. Los hombres no encontrarán nuestra casa de porcelana china ni en el mes que termina ni en el mes que comienza. Ni porque digan ellos que son tres extranjeros y carguen una estrella sobre una credencial y vistan de uniforme. Los hombres no dejarán su color favorito sobre tu cara oscura y quietecita, de virgen cobijada con diez años y este frío de los diez mil demonios. Los hombres no cubrirán tus ojos de rocío con tinta china negra, ni dirán que así es ella, se llama Turandot y la estamos buscando. Los grillos alborotan en tu cuello el cáncer ascendente. Perdiste la batalla. Los hombres no supieron buscarte; ni siquiera el verdugo. Yo quisiera un verdugo al pie del tilo. Yo quise a Pu-Tin-Pao. Pero soy una esclava de esta casa, princesita; y nunca estaré a solas con un hombre, porque son unos perros cuya sola esperanza está en la sangre; ahí buscan la raíz del matrimonio: la sangre que arroja la mujer, ya sin nobleza. Antes de permitir que contestes tú sola mi destino liberaré a la abuela del cuarto de mi memoria roja: la abuela Liù será capaz de entregarse a un verdugo, antes que a tres bandidos que le ofrecen el oro, la gloria y el poder por dar tu nombre. La abuela no creará que el cinturón de Orión lo forman tres estrellas; ella tenía su cinturón de castidad cosido a la garganta; a cada pensamiento amoroso se lo ceñía de nuevo. Y limpió de su cáncer a mi hermana; del cuello y la entrepierna, sin que mamá le hiciera una pregunta; si algo aprendió mi madre de la abuela fue el silencio. Y la abuela murió, dijo mamá, al pie del tilo, con su piel desgarrada por los perros, excepto Pang, que ladraba a la luna, como queriendo despertar a la abuela y sus ancestros. Y la abuela murió, volvió a decir mamá, y ahora yo soy la abuela.

Mamita no oyó nada. Dicen que la puerta de la casa se abrió sola; que la noche entró de puntas a su cuarto y que un rayo de sol se le clavó certero en la garganta; un sol nocturno con sabor a cloroformo; un sol agudo que ahogaba cualquier grito. Y mamita murió luego de soltar todos sus perros, como si diera a luz, y hasta que reventara su garganta. Luces de un sol nocturno que ha dejado que pasen del zaguán tres forasteros. A dos no les doy importancia: son Ping y Pong y juegan a los perros en el césped. El tercero no es Pang. Tampoco Pu-Tin-Pao. Calaf, como dice llamarse, se acercará a mi cuarto por el lado del jardín de cerezos y gritará muy fuerte mi tercera respuesta, mi nombre de princesa, para ver si alguien vive después de estos enigmas. Yo no dibujaré el retrato de una princesa llamada Turandot, con la esperanza que su sangre lo complete. Lo lastimaría el viento, la luna o Pu-Tin-Pao, que juega alrededor del tilo. Caminaré despacio hasta el zaguán y encenderé una mecha en mis cabellos. ¿Qué es el frío, cuando la historia de una mujer no está descrita en el papel arroz, sino son dos palillos para comerse aprisa la violación de un hombre con preguntas, sin que nadie le ayude a tragar tan amarga respuesta?

No, no...

¿Qué es la vida cuando los grillos del cuello se desbordan y de tanto criarlos combaten las cuerdas de la voz, y una se calla, como buena mujer, como princesa, y una túnica azul y plata nos calienta las piernas y nos hace desear a un forastero que nos muerda los grillos con sus besos y venga a hacerse nudo al pie del árbol y nos grabe su nombre con esperma en la roja raíz de nuestro cuerpo? ¿Qué es el frío sino un adelanto de la muerte que el cuerpo caliente exterioriza por las venas saltonas de diciembre?

No, no...

¿Qué es la vida cuando se deja la casa de los padres para vivir una feminidad retribuida a ratos con un beso de mamá y luego de diez años de independencia llega un hombre cualquiera y te arrebató el nombre que forjaste en las vísceras y aún no has llamado tu hija, tu princesita china, porque te dice a gritos que eso es cáncer y te puedes morir, si no lo saca?

¿Qué es el frío sino una malformación congénita, si cuando eliges que la princesa viva, tres hombres te lo impiden con un reporte médico en las manos y un bisturí en cada ojo, y en menos de lo que suenan sus golpes, Ping, Pang, Pong, ya no eres virgen, estás viva y te declaran loca por matar a tus perros, a tu madre, a tu abuela y a tu hermana, porque nadie te ayuda a recobrar ese cuerpo que sacan de tu vientre, al que le dicen cáncer y tú nombras estrella, luna, mi princesita china?

No, no...

¿Qué es la vida sino tomar el trago de gasolina y cloro que te quepa en los huesos y encender cada miedo que el trino de un aria de Puccini te despierta? ¿Qué es la vida, carajo, si no podrás volar, porque eres Liù, la esclava del señor, y no Lou-Ling, y te

ahogaron a tu hija en la mismísima agua en que crecía, y la mujer en China no puede tener hijos de cualquiera?

Responde, forastero.

Deja de mencionar que yo estoy arrestada; de abrir la bata azul y nácar que le robé a mi abuela para cuando el zaguán rechinara sus goznes hacia dentro y escuchara tus pasos a escondidas.

Para ya de decir que maté a mi familia y acércate a mi cuarto, en el jardín trasero de la casa.

Encenderé una mecha que te alumbre la rabia en cada grillo que la noche haga cómplice fortuito en tu garganta temerosa a mis preguntas.

Tres veces te he sentido venir hacia mi casa: el olor de tu muerte es un ladrido mayor que la distancia al eco y viceversa.

El tacto de tus ojos todavía no tropieza en tu verdugo, Calaf de mis amores; alrededor del tilo te vigila.

El gusto que me da es que voy a matarte como a un perro, forastero; igual como mataste a mi hija.

Pu-Tin-Pao no ha comido en diez mil años y le gustan los hombres.

Por eso se polvea la nariz, se blanquea las mejillas y se alarga los ojos con el rimel. Pu-Tin-Pao está en celo, como decía mi madre.

Pu-Tin-Pao anda suelto en el jardín y ya te ha olido.

Deja de preguntar si mi nombre es Turandot o Pu-Tin-Pao.

Yo soy la del retrato de "SE BUSCA".

Haz de tu vida un nudo en la garganta, una cueva de grillos y reza porque el cáncer te extermine primero que mis manos.

He aquí la única respuesta, forastero.

* * *

Al alba vencerá un retrato a tinta china de mi crimen, pintado con mis manos, y nadie me buscaría en el quiosco con el zaguán cerrado.

Al alba vencerá una máscara muy parecida a ti, bajo del tilo, y tu cuerpo quemado.

Al alba conocerás tu muerte por mi nombre, forastero.

Yo seré la princesa de ese reino gemelo de tu vida.

Sigue andando, Calaf.

Toma asiento en el quiosco y mira mi retrato.

Pregúntate porqué somos iguales

mientras me acerco al tilo

y me preparo

mientras tus hombres dan tres golpes en la puerta

y la abuela contesta, adormilada:

Nessun dorma...

nessun... 